

Segundo lugar

BAJAS SENSACIONES

Adriana Serdán Vázquez*

Mi situación actual es producto de una distracción que jamás podré olvidar. Por intentar mirarme en el espejo mientras presionaba la palanca del escusado, los lentes que colgaban del escote de mi blusa cayeron dentro de la taza.

Los lentes, instrumento fundamental para desempeñarme como correctora del *Novedades*, no podían quedarse buceando ahí. Además de existir entre ellos y yo lazos de estricto trabajo, había muchas cosas vistas, muchos libros leídos, muchos hallazgos de por medio. Estaba convencida de que tenía que recuperarlos, pero no era una empresa fácil, pasó casi una hora hasta que cobré el valor suficiente e introduje la mano.

En el instante en que toqué el agua, sentí la necesidad incontenible de mover los dedos, de dar vueltas de reconocimiento con la mano, de dejarla ahí adentro toda la vida. Olvidé los lentes, lo único importante en aquel momento era lo que empezaba a vivir con la mano derecha metida en el escusado del baño de la oficina.

Una serie de imágenes empezaron a correr a todo lo largo del brazo, a meterse en los ojos, a invadirme completamente convirtiéndose en voces, ruidos, sensaciones que me transportaron a los pies de la Torre Eiffel, donde envuelta en un precioso abrigo blanco de piel, posaba para un fotógrafo profesional. Al principio sentí un poco de incomodidad al verme en movimiento con una libertad y una soltura que nunca pensé que lograría. Esa había sido la causa de mi angustia los últimos años. De la casa al periódico cami-



* Escuela de Cerámica y Porcelana de Toluca.

naba con prisa, miedosa de encontrar a alguien que me invitara a alguna reunión o quisiera platicar. Nunca sabía qué decir en una conversación. Me daba pena abrir la boca y el color rojo acudía a mi cara, aunque sólo fuera para dar la hora. El único lugar seguro era mi recámara al cerrar la puerta con llave.

Después de posar durante tres rollos en distintas posturas: abriendo el abrigo, con las manos dentro de las bolsas, con una gran sonrisa, o muy seria, me sentía ya lejos de esa vergüenza habitual. El fotógrafo se acercó, dijo en francés que había terminado y me dio una nalgada. Y yo, con una naturalidad asombrosa le devolví ese gesto con un largo beso en la boca. Mi boca no tenía práctica en esas cosas y, sin embargo, se movía con un conocimiento perfecto de los besos profundos.

Me vi caminar por las calles de París del brazo del fotógrafo, reírnos mucho, cenar en un elegante lugar hablando francés, emborracharnos y terminar en la cama, haciendo unos movimientos y unos ruidos que hasta la fecha no comprendo cómo pude efectuar.

A media noche, cuando el fotógrafo se quedó dormido, discretamente saqué la mano del agua, con todo y los lentes. No hubiera sopor-tado su mirada después de semejante espectáculo. Salí del baño dispuesta a terminar el trabajo del día.

La experiencia del escusado me robó la tranquilidad. Traté de borrar lo que había vivido, totalmente aje-

no a la educación y a la moral, pero el escusado ejercía sobre mí una atracción irracional y no me permitía que pensara más que en meter la mano nuevamente.

Un viernes por la mañana, en un tiempito libre, entré al baño de la oficina decidida a acabar con esa obsesión absurda. Adentro encontré diez mujeres esperando turno así que pensé en regresar otro día.

Durante el fin de semana estuve al borde de la desesperación, arrepentida por no haber esperado o vuelto más tarde. Por más que intenté leer, ver las telenovelas, comer o dormir, el agua del escusado siempre llegó a inundar mi mente. Tratando de preparar una ensalada, lo único que logré fue un corte transversal en dos dedos de la mano derecha. El domingo por la noche tomé la determinación de utilizar mi propio baño y, sin pensarlo demasiado, introduje la mano izquierda, ya que prefería evitar cualquier infección en la herida.

Esta experiencia comenzó igual que la primera: la necesidad de mover los dedos, de introducir la mano lo más profundo posible, luego las imágenes recorriéndome el brazo, los sonidos y al final mi cuerpo, casi desnudo, tumbado al sol sobre la cubierta de un crucero por el Caribe.

Estaba con el pelo suelto revoloteando alrededor de mi cara al ritmo del aire, aparentemente dormida, sin importar el sol directo sobre la piel. De pronto un mesero se acercó con un whisky en las rocas. No me gusta el whisky, pensé que se habría equivocado, pero abrí los ojos, busqué un monedero debajo de la toalla, pagué y le di una propina excesiva.

Pasé horas enteras al rayo del sol hasta que recogí las cosas y me fui rumbo al camarote. En todos los pasillos la gente se acercó a buscar autógrafos que firmé sonriente, con unos garabatos del tamaño de la mitad de las hojas.

Abrí la puerta del camarote matrimonial. Sobre la cama descansaba un hombre rubio. Le sonreí con ojos sospechosos. El hombre abrió los párpados y estiró los brazos para tocar mi cuerpo semidesnudo. Puse el seguro de la puerta todavía con esa expresión cínica. Con pasos cortos me encaminé hacia los brazos del hombre.

Más tarde, saqué la mano del agua: estaba sudando. Era tardísimo, tenía que trabajar temprano al día siguiente. Pero antes de acostarme me unté suficiente crema acariciando todo mi cuerpo y me dormí con una sonrisa de placer desde que cerré los ojos.

Transcurrieron varios días sin mareas hasta que descubrí sobre el escritorio el trabajo atrasado de una semana. La tentación de volver a la taza presionaba tanto que no me permitía la concentración necesaria para trabajar, ni de ningún otro pensamiento. Al mismo tiempo, la idea de vivir la continuación de las escenas anteriores detenía esos impulsos peligrosos. Me imaginaba despertando desnuda al lado del fotógrafo o del hombre rubio, despeinada, con los ojos hinchados y sin saber qué decir. A pesar de todo era incontrolable la necesidad de hundirme en el escusado para siempre.

Después de siete noches de mal dormir, una mañana se me ocurrió

probar con un pie. Suponía que los pies brindarían nuevas posibilidades sin correr el riesgo de enfrentar una situación embarazosa.

Me levanté y me vestí con unos pantalones arremangados por arriba de las rodillas. Metí primero el pie derecho, esperé quince minutos y no pasó nada. Intenté con el izquierdo, y tampoco. Coloqué una silla delante de la taza para sentarme e introducir los dos pies juntos. Así esperé media hora, pero no pasó nada. Hice la misma operación en la noche antes de acostarme. Nada.

Fue como si una lápida hubiera caído encima aplastando mi última esperanza. No me quedaban fuerzas para seguir. Sin esos momentos húmedos mi vida ya no tendría sentido.

Seguí sentada en esa silla hasta que se me ablandaron los pies. Finalmente decidí acostarme a esperar el sueño o la muerte y mientras desamarraba mi pelo, vi en la cola de caballo otra opción atractiva. En seguida me quité la blusa, acomodé un cojín delante del escusado y me recosté dejando caer el pelo dentro del agua, como en la peluquería.

Se humedecieron las puntas, un calor agradable llegó a mi cabeza, empezó a recorrer el cuello, el pecho, los brazos, se quedó latiendo en mi ombligo. La necesidad de entrar más al agua, de empapar las orejas, las imágenes borrosas que necesitaba ver claramente, los sonidos indescifrables y el calor, me impulsaron a presionar la palanca.

El agua corría mojándome la nuca, cuando vi, con la cabeza metida hasta el cuello, mi entrada con paso firme a la página roja del periódico.